

José Manuel Briceño Guerrero se va dejando un bosque de ideas

Un árbol maestro caído nos mantiene en pie

Ni la tala discursiva más dominante desvió al filósofo, profesor y ensayista, nacido en Palmarito, Apure, en 1929, de la reflexión profunda y liberadora para el país y los países del continente; savia de la más inteligente, honrada y punzante de la intelectualidad venezolana, autor de una obra escrita contundente, deja con su lamentable fallecimiento una trayectoria impecable que es la siembra ideal para que por estas tierras de gracia la desertización del humanismo, o el desconcierto ante la falta de identidad, no sea siquiera una ilusión o un espejismo. Su madera, que es de la buena, está intacta en sus pensamientos y sus libros

T/ Rubén Wisotzki
F/ Cortesía
I/ Vargas
Caracas

Los árboles se parecen tanto al maestro José Manuel Briceño Guerrero.

Son altos, aunque no lo parezcan a simple vista, pero desde ellos se puede apreciar toda la vida. Para comprobarlo basta recordar la infancia de cada uno, cuando desde un bajito limonero se creía tocar el cielo. Y cuando ya crecidos volvemos a fijarnos en ellos los encontramos, para nuestra agradable sorpresa, cual entrañables gigantes.

Son de copa frondosa, aunque sean esqueléticos y se aprecien enjutos, ya que la sombra por más corta que sea es la que siempre se necesita para relajar el nervio. Cada ramaje que mueve la débil brisa desplaza su sombra justo hasta donde el sentimiento más lo implora.

Sus troncos, aunque hayan sido torcidos por los efectos del viento o una enfermedad mal curada, son de una rectitud maravillosa y ejemplar. Nobles capas, formadas con sabia paciencia años tras año, estructuran una fortaleza existencial tal que no hay feroz tormenta que los venzan por décadas y, a veces, siglos.

Si de ramas se trata, todos sin excepción las tienen de diferentes tamaño, grosor, flexibilidad y resistencia. Pareciera que entregados a servirles a sus semejantes, los hombres, ofrecen sus más diversas versiones en procura de ser útiles ante impensables necesidades. Extendidas como brazos siempre preparados para el abrazo brindan la calidez que se necesita para que nos sintamos queridos.

Las hojas que sueltan, a no creerse que simplemente caen como derrotadas, –las hojas son grandes disimuladoras–, no son las más débiles porque en su apariencia se aprecian secas, sino las más necesarias para que los peatones rompan, al aplastarlas, la rutina de sus pisadas.

Y lo más importante de ellos es lo que muchas veces no se ve:



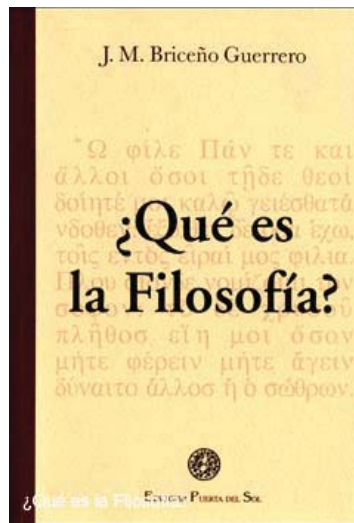
sus raíces. Como si estuvieran ancladas responden, en clara correspondencia amorosa, a la identidad con la tierra. No se separan de ella y si se las deja brindan oportuno sustento cuando más profundo viajan.

Los árboles se parecen tanto al maestro José Manuel Briceño Guerrero.

Desde el pensamiento, nuestro gran árbol señero, de una estatura intelectual admirable en la cultura del país, siempre estuvo dispuesto a ofrecer su mejor palabra a sus conciudadanos, siendo especialmente un ejemplo extraordinario con su estudio y el ejercicio de la pedagogía para los más jóvenes, y que se recalque, sin olvidar nunca su pertenencia a esta tierra, su tierra, nuestra tierra, que gracias a él es pura germinación.

EL BROTE

Su obra intelectual, que a bien de sus lectores arranca en 1962 con un título que podría considerarse señero en su constructo como escritor, titulado *¿Qué es la filosofía?*, trepa, con sorprendente eficacia, como las enredaderas a los grandes árboles, en las vicisitudes de la historia del país que hoy están más presentes



que nunca. El pensar, es bueno recordarlo, no crece como es debido si no es acompañado de la pregunta fertilizadora.

Y, en ese sentido, la premisa de inquietar o conmovir, desde el ejercicio filosófico, empieza desde ese breve libro de 38 páginas cuando se pregunta y pregunta: “¿Pertenece nuestra patria, Venezuela, a la cultura occidental?”. Tamaña interrogante cuenta con una respuesta deslumbrante, incluso para muchos lectores del presente. Dice:

“Respondemos: Venezuela (podríamos decir Latinoamérica) está emparentada con la cultura occidental y descen-

demos de los griegos por línea bastarda. Somos un pueblo mestizo de cultura sincrética, surgida del encuentro traumático de tres tradiciones: la occidental, la india y la negra. Triunfó la occidental. La india y la negra fueron desmanteladas, desarticuladas, humilladas. Todas nuestras instituciones son creación de la cultura occidental: hablamos una lengua europea”.

“Pero ese triunfo es más superficial de lo que pudiera creerse: las formas culturales que tenemos no han calado profundamente en el material humano que intentan configurar”.

“Distinguimos, pues, por una parte, formas culturales europeas más o menos modificadas y, por la otra, el material humano mestizo”.

“Las formas culturales europeas fueron creadas por los pueblos occidentales en el transcurso de largos siglos de experiencia; desarrolladas y afirmadas en el enfrentamiento con sus propios problemas, son la manera peculiar en que esos pueblos han ido resolviendo sus problemas vitales. Entre nosotros tienen un afincamiento parcial, nos quedan flojas o apretadas; no son nuestras a pesar del bas-

tardo parentesco que nos une a sus creadores”.

PRIMERA RAMA

Más adelante, remata, como esos enormes monumentos vegetales que no conformes con el esplendor de su tamaño despliegan espectaculares ramas que abrazan al paisaje entero.

“Debe enseñarse una sola filosofía (ergon), la que ha sido diseñada para conducir al hombre a su completa liberación; la que en conocimiento de las leyes que rigen la historia puede predecir el provenir; la que hace consciente a cada quien del momento histórico en que la ha tocado vivir y le señala su papel; la que se apoya en el desarrollo de las ciencias apoyándola a su vez; la única que tiene la historia a su favor. La verdad sobre el mundo y el hombre se conoce ya, sólo hace falta difundirla, predicarla”.

SEGUNDA RAMA

“Debe enseñarse una sola filosofía (ergon), la que es antesala de la fe y, por lo tanto, de la salvación del alma; la que, en conocimiento de la revelación divina, es capaz de orientar a cada hombre durante su tránsito por la tierra y prepararlo para la eternidad; la que, sin negar la razón, la trasciende por el amor; la única que tiene a Dios de su parte. La verdad sobre el mundo y el hombre se conoce ya, la revelación ha sido explicada y estructuralmente racionalmente sobre bases sagradas; sólo hace falta predicarla, difundirla, vivirla. Aunque el reino del hombre no es de este mundo, se puede y se debe remediar lo que es remediable, la injusticia social, la miseria; pero no por la violencia, sino por la comprensión y el amor”.

TERCERA RAMA

“Al rechazar y condenar las manifestaciones negativas de nuestra idiosincrasia –oscura y pertinaz defensa en que fulgura la sangre fecunda de dioses mestizos degollados–, no hacemos sino enajenarnos más y más.

Para que pueda surgir un filosofar venezolano o un fi-



lososfar en Venezuela, una reflexión genuinamente nuestra dirigida a la totalidad, interpretadora del ser y la nada, del conocimiento y del valor, para saber o hacer nuestro destino, para decir nuestro Ser y ser nuestro Decir, tenemos que emprender un largo viaje hacia nosotros mismos”.

Los árboles se parecen tanto al maestro José Manuel Briceño Guerrero.

PERO ANTES, LA SEMILLA

José Manuel Briceño Guerrero nació en Palmarito, estado Apure, el 6 de marzo de 1929. Los primeros estudios formales fueron en el estado Barinas, pero luego se muda a Barquisimeto, estado Lara, y allí cursa sus estudios de secundaria. Al principio de la década de los años 50 recibe el título de profesor en el Instituto Pedagógico Nacional de Caracas. A partir de ese logro personal inicia estudios de especialización en Estados Unidos, Francia (Lengua y Civilización Francesa, en La Sorbona), Austria (Filosofía, incluyendo el doctorado), México (Estudios Latinoamericanos en la Universidad Nacional Autónoma), Rusia (Filosofía) y España (Filosofía y Teología de la Liberación en la Universidad de Granada).

En cuanto a su condición de profesor, la trayectoria de Briceño Guerrero encuentra símil rápido en el bosque más tupido. Fue profesor de idiomas en los liceos Lisandro Alvarado, de Barquisimeto, y Pedro Gual, de Valencia. En Austria se desempeñó como profesor de Lengua y Literatura Hispanoamericana. Desde 1961 ejerció el cargo

de profesor de Filosofía en la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes. Durante 1968 y 1969 fue profesor visitante de Lengua Griega Antigua y de Filosofía Griega en la Universidad Nacional Autónoma de México. En la década de los años 70 funda el Seminario de Estudios Filosóficos y la Cátedra de Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Los Andes (ULA). Además, en 1979, funda el Seminario de Mitología Clásica en la misma casa de estudios merideña.

GRANDES Y HERMOSAS HOJAS

Además del ya citado libro *¿Qué es la filosofía?* (1962), es de destacar en su obra tan intensa como profusa, *América y Europa en el pensar mantuano* (1981), *Amor y terror de las palabras* (1987), *El laberinto de los tres minotauros* (1994), *Diario de Soarge* (1997), *Esa llanura temblorosa* (1998), *Mi casa de los dioses* (2004) y como mención especial una antología de sus textos, publicada y distribuida gratuitamente en la Feria del Libro de 2009 por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura, bajo el sugerente título *La casa del verbo*, concebida por el poeta Gonzalo Fraguí.

En el citado libro, Fraguí presenta al pensador de tal manera que es imposible obviarlo. Dice el poeta merideño: “Siempre nos hemos pregun-



tado qué será en esencia J.M. Briceño Guerrero. Maestro, filósofo, poeta, profesor, historiador, humorista, investigador, traductor, peligroso conductor de automóviles, experto de la gnomónica (arte de hacer relojes de sol), o simplemente el más andino de los filósofos griego nacido en el llano”.

“Los chinos que son unos sabios en esto de poner nombres lo llamaron ‘Pai Lique’, que significa ‘Piedra de amolar espadas’. Eso fue lo que pensaron del maestro cuando lo vieron dando clases a sus discípulos, amolándolos en el lenguaje, en los idiomas, en el arte, en el pensamiento, en las expresiones populares y en el amor a la sabiduría”.

EXUBERANCIA PREMIADA

En 1996 le fue otorgado el Premio Nacional de Literatura por su trayectoria ensayística. La decisión tomada en ese momento por Luis Beltrán Gue-

rrero, Rafael Pineda, Luis García Morales, Eduardo Liendo y Manuel Bermúdez, obedeció particularmente a sus trabajos en torno a la filosofía del lenguaje, así como sus “serenas y sabias reflexiones sobre las raíces sintácticas y semánticas del discurso americano frente a la ideología y pensamientos europeos”. A todo esto, el jurado agregó “las nobles enseñanzas socráticas en el corazón de la juventud estudiantil venezolana”.

Es en estos últimos, entre los jóvenes, alumnos y lectores, incondicionales todos, donde se perciben los mayores reconocimientos a su paso por esta tierra. Llueven en estos días las voces de quienes encontraron en su voz, clase tras clase, seminario tras seminario, charla tras charla, el apoyo preciso ante el mareo de estos días. Es en esos rostros de lágrimas contenidas, donde el maestro debió saber, con su sabiduría, que regaría en tristeza esta nueva arboleda que brindará, oportunamente, sus frutos.

Los árboles se parecen tanto al maestro José Manuel Briceño Guerrero.

MAESTRO CON RED

Por eso no es fortuito que la Red de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad —ese poderoso instrumento intelectual internacional creado en este proceso histórico para estudiar, analizar, denunciar y re contextualizar, en definitiva,

enfrentar, las diferentes dinámicas del presente mundial, a partir de las continuas agresiones (discursivas, culturales, físicas y hasta psíquicas) que desde los imperios se ejecutan en contra de las sociedades que buscan abrirse paso de manera independiente— se haya pronunciado, de manera tan entrañable, ante su despedida terrenal:

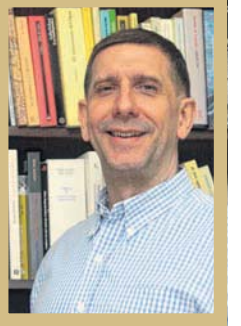
“Fue filósofo, porque practicó la sabiduría que viene de las raíces más profundas de la humanidad; traductor, porque comprendió que de cultura a cultura, el lenguaje del arte tiende un puente para la comunión; escritor, porque dejó constancia palpable de su trabajo; y maestro, porque más que profesar, entendió que el aprendizaje es cuestión de comunidad. El estado Apure (Venezuela) lo vio nacer y crecer, Europa lo vio formarse, China le brindó continuidad a sus inquietudes, pero su vida estuvo consagrada a Nuestra América, para adentrarse en lo más profundo de su ser”.

Los árboles no se van sin dejar una huella. Ni la más descarnada actividad humana de aniquilamiento de la vida vegetal, esa misma que nos provee sin pedirnos nada a cambio aporte fundamentales para nuestras vidas, logra que los árboles desaparezcan de nuestras historias más profundas e íntimas. Incluso cuando el cemento cubre su paso, queda siempre en el recuerdo de uno la prueba, aunque sea mínima, de la importancia de su tránsito por nuestra existencia.

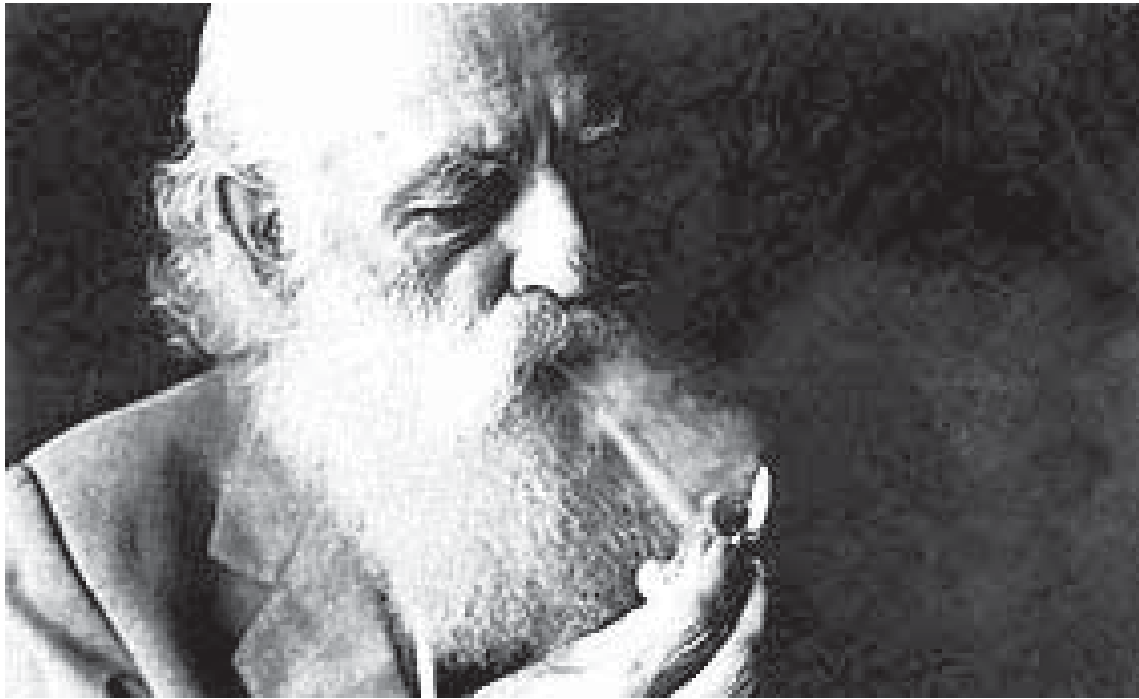
Los árboles se parecen tanto al maestro José Manuel Briceño Guerrero.

LA PALABRA QUE TE (D)ESCRIBE

José Manuel Briceño Guerrero: “Ver el alma es ver hacia afuera”



Rubén Wisotzki



Con tres libros breves de su autoría, *Diario de Saorge*, *Esa llanura temblorosa...*, y *El Tetractis*, quizás los menos tomados en cuenta por los críticos y los investigadores, —ya que en ellos está presente en su plano más íntimo y personal—, despedimos al Maestro. Intento vano este del adiós en su caso ya que en cada relectura a su obra lo que más sale del alma es una bienvenida. No puede ser de otra manera al hablar de uno de los intelectuales más importantes e influyentes de esta Venezuela que ya ha emprendido un largo viaje hacia sí misma

un consultorio y puso el letrero: “Perucho de la mancha, filósofo, consultas de 5 a 7 pm., de lunes a viernes”. ¿Cómo trabajaba? Primero elaboraba una historia filosófica del paciente (libros leídos, estudios realizados, ocupación, nivel socioeconómico, y relaciones afectivas). Luego, se atendían las “inquietudes filosóficas”. Al salir, se le pagaba a una secretaria o enfermera una suma igual a la que cobra un médico, quedaba anotada para una próxima cita y se le aclaraba al visitante que en caso de emergencia sería atendido las 24 horas del día. Todo sea por “la salud filosófica del inquieto”, según el Maestro.

1. Son dos diálogos. El primer diálogo, con motivo de su Premio Nacional de Literatura, fue, palabras más, palabras menos, así: —Maestro, usted cita a Swedenborg en su *Diario de Saorge* y... —¿Usted leyó a Swedenborg? —No, leí las referencias que tengo de él, son de Jorge Luis Borges y, ahora, las suyas. —Lea a Swedenborg, si puede, hágase ese favor, sé muy bien que no se arrepentirá...

2. El Maestro José Manuel Briceño Guerrero es autor de dos diarios, un género literario muy poco aprovechado en la escena local por nuestros escritores. En ese sentido, son de recordar el de Francisco de Miranda, el de Rufino Blanco Fombona y, más recientemente, esa aventura interminable que en tono de diario lleva el apreciado Alejandro Oliveros desde Valencia. Y por ahí tenemos entendido que está el de Ludovico Silva con ánimos de encontrarse con los lectores. Será cosa de esperar. Y es que siempre esperamos de ese también maestro Ludovico más de tanto más que nos ha dado con su escritura...

3. El *Diario de Saorge* fue publicado en 1996 por la Fundación Polar y fue escrita, como él

mismo lo explica, durante un largo retiro en el monasterio de Soarge, “donde disfrutaba una residencia de escritor otorgada por el Ministerio de la Cultura de Francia”.

En esa suerte de prefacio explica que el monasterio, que en su momento fue franciscano, habitado por monjes, es habitado en el presente por artistas y científicos. “No hay regla común, cada quien dispone la suya”.

4. “...nada se opone a que escribas tus planes, proyectos, esperanzas, temores; mueve —si crees lograr mover— los afectos de los lectores hacia lo sublime o hacia lo vil. Pero no te está permitido intentar convertir el gran silencio en palabra, ni llenar de signos el gran vacío. Miré solamente, no intervine, no juzgué. Ese intento es sacrilego. Respeta tu palabra. Vístela con elegancia gótica. No la metas en camisa de once varas. No la manches en actos contra natura. Si eso fuera permitido tendría cloaca y no ese palmo de distancia con tan gran diferencia de aroma”.

5. “Me cuesta escribir porque quisiera vivir sin lenguaje y no puedo. Estoy condenado al lenguaje. Me cuesta escribir porque el escribir acentúa mi pertenencia al lenguaje hacién-

dome sentir sus límites. Cuando escribo masco el freno y sangro porque me aparto de la actitud habitual hacia el mundo y el lenguaje. A mí el escribir me hace consciente de mi cárcel porque lo tomo en serio. Al hablar me pasaría lo mismo si no fuera por los demás. La conversación me sitúa en la actitud corriente. Cuando escribo estoy solo. Una cárcel compartida es menos cárcel”.

6. Al comentársele la extrañeza de la escritura de sus diarios, el Maestro, corroborándolo, argumentó que pensó en la lectura ágil, capaz de soportar los vaivenes del tránsito sobre una camioneta porpuesto, que fuera lo suficientemente valiente para soportar el encierro en un pequeño bolsillo.

“Pero que al mismo tiempo no perdiera un estilo agradable, correcto, serio, intacto en su intención de profundidad, una profundidad que no quedara, como no debe quedar, en la superficie del texto”.

7. “Escribo con la cara hacia Mérida de Venezuela. (...) caminé hasta el final, donde hay un altar y descubrí en él una virgen caída; la levanté, la enderecé, y la coloqué de tal manera que mirara desde el este. Creo que me lo agradeció. Tal vez por

eso, cuando yo me siento en posición faraónica mirando hacia el norte (del norte viene el mal) percibo lo que piensan, sienten, dicen y hacen los demás residentes; sólo uno a la vez, no escojo, y sólo mientras no juzgo; tan pronto como opino internamente sobre su conducta desaparece, y en todo caso tengo que purificarme con abluciones después de la recepción”.

8. Un día nos confesó: “Cuando trabajo y sucede algo perturbador no puedo seguir escribiendo. Entonces le doy la palabra a eso que irrumpe, dejo que se escriba, yo le doy mi mano para que diga lo que tiene que decir”.

9. “Irene sirvió una frugal comida sobre la hierba; hablamos todo el tiempo de Swedenborg, de su Reino animal y de su libro *Del cielo y del infierno*. Aceptamos sin porqué la escandalosa belleza del otoño. Por una vez fuimos como los dioses del Edén. Eva, ¿dónde está Adán? ¿Somos hijos suyos o de Satán?”.

10. Cuenta el Maestro una historia increíble. Un joven venezolano, con estudios de filosofía, no quería ganarse la vida como profesor. Entonces decidió instalar

11. “O ves hacia afuera o intentas verte. Ver el alma es ver hacia afuera. Alma sensitiva, alma volitiva, alma racional, todas son externas, tan externas como las piedras. Verte es ver al que ve en ti. No lo lograrás. Pero puedes tomar consciencia de ti mismo mientras miras hacia afuera. No te dejes atrapar por las cosas. Es inevitable que te atrapen porque existes para ellas. Gravitas hacia ellas. Pero intenta darte cuenta de tu condición. Deja leche para el becerro”.

12. El *Diario de Saorge* fue publicado en 1996. Sí, el que escribe, que es escrito y que es descrito, ya lo dijo. Y lo vuelve a decir: en 1996. Y el Maestro se confesó:

“Soy experto en dolores. Distingo dos tipos. Primero, los que la carne hereda, enumerados no exhaustivamente por Shakespeare en el monólogo de Hamlet ser o no ser. Segundo, los que conciernen la vida de la comunidad, la vida colectiva; vergüenza ajena, y propia a la vez, pero con posibilidad de eludir la responsabilidad individual”.

13. La escritura y publicación de los dos diarios, —amén de las razones creadoras y filosóficas—, tuvieron en su caso, como contexto, las ahora infaustas ame-

nazas de la muerte del libro, de la lectura, de la biblioteca como objeto primordial en el ciudadano que se preparaba a recibir el siglo XXI. *Diario de Saorge y Esa llanura temblorosa...*, este último definido como cuaderno, proponen, según el propio autor, la experiencia de la lectura fragmentada, una lectura para ser realizada en cualquier parte. “Y, al mismo tiempo, espero que propongan una lectura profunda, interesante”, nos dijo en su momento.

14.

Esa llanura temblorosa..., escrito al igual que *Diario de Saorge* bajo el seudónimo Jonuel Brigue, fue editado por Oscar Todtmann Editores, en 1998, y es presentado, seremos textuales, como un libro que tiene como ánimo el dilema. (...) “Dilema sobre la utilidad de las palabras ya enunciado brillante y poéticamente hace siglos, sobre el cual se reincide, pertinazmente, con algo de vergüenza íntima y siempre con fe de carbonero en que algo quedará, en algún sitio, pese a todo”.

15.

Un llanero merideño frente al mar. El Maestro está nuevamente en Europa, frente al mar.

“Nunca me había ocurrido esto de ver el mar como primero al levantarme, como último antes de dormir, esto de tenerlo presente todo el tiempo. Lo veo desde arriba, me asombra sin cesar su variable inquietud. Estaba bravo, se calmó hasta casi parecer un lago, volvió a enfurecerse. No comprendo cómo es posible que los barcos de Homero, Apolonio, Virgilio no lo hayan desgastado y cambiado por palabras. Cómo es que los egipcios, cretenses y fenicios no le quitaron la virginidad. Cómo es que los gigantes veleros de Venecia no lo amonedaron. Cómo no lo vendieron los marinos de Génova. Por qué no tiene huellas catalanas. Los armadores griegos no le han dejado cicatrices. Es tan fuerte y tan libre que desgarrar y degrada las redes del lenguaje. En cambio, parece amar los pequeños veleros de altos mástiles. Cómo no amarlos; son la única cosa humana que puede competir con palmeras y caballos”.

16.

“Recuerdo que Rimbaud llamó al mar infusión de astros”.

17.

Hay otro pequeño gran libro que aborda el Maestro desde el testimonio hecho fragmento: *El Tesaracto y la Tetractis* (2002), también publicado por el sano juicio que como editor posee, para fortuna de este país, Oscar Todtmann. Confesiones, breves pero intensas, que son reflexiones, y que se entremezclan con reflexiones, breves pero intensas, que son confesiones.

18.

“Susane cuenta que su papá se alegraba cuando encontraba una moneda en el suelo y cogió la costumbre de tirar al suelo monedas para que otros, al encontrarlas, sintieran la pequeña alegría que él sentía”.

19.

“Me acordé del poeta Acevedo: lo vinieron a invitar a unos amigos para disponer de unas botellas recién adquiridas; se negó en redondo, argumentó tratamiento médico, malestar, cansancio, fiebre; cuando los amigos se estaban yendo en su carro se les atravesó en la vía: “¿Y no van a insistir?”.

20.

“Según el libro tibetano de los muertos, Bardo Tödöl, el muerto sigue oyendo durante media hora después de morir; se aprovecha ese lapso para leerle las instrucciones que necesita en su viaje por el otro mundo”.

21.

Dos anotaciones con relación a la muerte, del libro que estamos leyendo, *El Tesaracto y la Tetractis*, para que aprendamos gracias a él, cómo situarnos ante su partida.

a) “Un llanto involuntario me inunda los ojos a menudo últimamente. Un oftalmólogo francés, influido por las medicinas paralelas ahora en boga, me dijo: “Tal vez usted no ha llorado a sus muertos”.

b) “En el fondo de mi alma, yo todavía no acepto que alguien muera”.

22.

A la pregunta, que se puso en boca de otros, de cómo encarar este presente de la mejor manera posible, nos respondió:

“A sus amigos les digo una sola cosa: ‘Acepten que la vida es conflicto. Quien está deseando la

tranquilidad lo que está deseando en realidad es la muerte”.

23.

“...yo no sabía que había una orden swedenborgiana ni que el propio Swedenborg había sido perseguido por la Iglesia; caramba, esa Iglesia no se cansa de perseguir. Sí sabía de la relación de William Blake, Kant, Hahnemann (padre de la homeopatía), Balzac, Nerval, Baudelaire, Rimbaud, Goethe, Dostoievski, Víctor Hugo, Coleridge, Emerson, William y Henry James, Strindberg, Yeats, Paul Valery, Rudolf Steiner, Carl Gustav Jung, D.T. Suzuki, Jorge Luis Borges, Elizabeth y Robert Browning, Lamartine, Oscar y Czeslaw Milosz... con las enseñanzas de Emanuel Swedenborg (1688-1772)”.

24.

El sueco Swedenborg sostenía, en relación con todos los humanos, que “hemos sido creados para entrar en el cielo y convertirnos en ángeles”; que “todos en el cielo tienen el mismo lenguaje”; que “el cielo no está fuera de los ángeles, sino dentro de ellos”; que “la paz varía en cualidad y cantidad en los cielos”; que “se me ha permitido ver la extensión del cielo habitado y también la del cielo no habitado, y he visto que el cielo no habitado es tan inmenso que no podría llenarse en toda la eternidad aunque hubiera miles de millares de planetas con tanta gente en cada uno de ellos como hay en el nuestro”; que “en cada individuo hay espíritus buenos y espíritus malos” y que “estamos unidos con el cielo por medio de los espíritus buenos y con el infierno por los espíritus malos”; que “amar la verdad y el bien porque es verdadero y bueno es quererlo”, entre muchos otros postulados...

25.

El segundo diálogo, años más tarde, y sin motivo aparente, o mejor dicho el mejor de los aparentes que es la amistad y la admiración, fue, palabras más, palabras menos, así:

—Maestro, ya leí a Swedenborg. ¿Ahora sí podemos hablar de él?

—Claro, con mucho gusto. Pero antes, dos cositas: No digas leí, di leo, no dejes de leer a Swedenborg. Y la otra, ¿no crees que desde que hablamos aquella vez no hemos dejado de hablar, tú y yo, de Swedenborg?

